



LECTIO DIVINA

XIII Dom. Ciclo 'C' (Lc 9, 51-62)

Juan José Bartolomé, sdb

El evangelio de este domingo nos recuerda uno de los momentos más trascendentales en la vida de Jesús: Él recorría las aldeas de Galilea para anunciar el evangelio y curar enfermos. Un día decidió subir a Jerusalén con una finalidad.

Esta decisión desencadenaría una serie de acontecimientos que iban a culminar en su trágica muerte. Jesús sabía lo que iba a sucederle y quiso aprovechar su viaje para preparar a sus discípulos; convirtió esta convivencia, caminando juntos en un curso exclusivo para sus acompañantes: Sabía que caminaba hacia su muerte y quiso que sus discípulos, fueran sus seguidores hasta su final.

Jesús quiere también que seamos como aquellos discípulos; que sepamos estar con Él. En cuanto a ellos, nosotros estamos en ventaja, porque sabemos bien cómo acabó su viaje y podemos ir con Él. Estamos en mejores condiciones para entender a Jesús y lo que nos propone.

Seguimiento:

- 51. Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén.**
- 52. Y envió mensajeros por delante. De camino, entraron en una aldea de Samaria para prepararle alojamiento.**
- 53. Pero no lo recibieron, porque se dirigía a Jerusalén.**
- 54. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron: «Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo, que acabe con ellos?»**
- 55. Él se volvió y les regañó.**
- 56. Y se marcharon a otra aldea.**

- 57. Mientras iban de camino, le dijo uno: «Te seguiré adonde vayas.»**
- 58. Jesús le respondió: «Las zorras tienen madriguera, y los pájaros nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.»**
- 59. A otro le dijo: «Sígueme.» Él respondió: «Déjame primero ir a enterrar a mi padre.»**
- 60. Le contestó: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios.»**
- 61. Otro le dijo: «Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia.»**
- 62. Jesús le contestó: «El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el Reino de Dios.»**

Lectura: entender lo que dice el texto

La narración del viaje a Jerusalén (Lc 9,51-19,29) se abre de forma solemne: Jesús es consciente de que se acerca el momento de 'ascender' al cielo, y decide 'subir' a Jerusalén, para cumplir el plan de su Padre, 'no el suyo' (cfr. Lc 9,31). Y no fue casualidad que el camino, que era una vía crucis, iniciara con un rechazo y también terminara con otro más: sin embargo, a pesar de los rechazos (Lc 9,53; Lc 23,13-23) subió al cielo.

Como buen judío, Jesús podría haber elegido transitar por el Valle del Jordán, evitando pasar por Samaria. Puesto que su ida a Jerusalén no fue de libre elección, tampoco lo fue el camino que tuvo que seguir. Aprovechó el incidente para instruir a sus discípulos (los 'hijos del trueno': cfr. Mc 3,17). Con severidad y flexibilidad reprende a los suyos y toma el camino que convenía al Plan de Salvación.

¡Él Sabía que sería víctima de violencia y no quiso hacerla a quienes intentaban su mal!

La narración de los tres encuentros con personas que querían seguirle, tuvieron como finalidad ejemplificar lo que tenían que ser sus seguidores, camino hacia su 'ascensión'. Lucas los identifica no por sus nombres, sino por su deseo: los tres quieren ir con Jesús. De ninguno conocemos su reacción ante las palabras del Maestro. Lo importante para el narrador no fue la buena voluntad de quienes querían ser sus discípulos, sino las advertencias que el Señor les hizo. El primero (Lc 9,57) y el tercero (Lc 9,61) presentaron a Jesús el deseo de seguirle. Jesús invita al segundo a ir con Él (Lc 9,59).

La respuesta de Jesús al primer seguidor no puede ser más demoledora: quería seguirle donde fuera, pero Jesús le advierte que no tiene lugar donde ir, ni

casa donde reposar (Lc 9,58); decisivo en el seguimiento no es el lugar donde poder ir, sino la persona de Jesús, a quien acompañar.

Los otros dos, tanto el elegido (Lc 9, 59) como el que quiere elegir (Lc 9,61), aluden a una situación familiar que deja para después el irse con el Maestro. Aunque enterrar al padre era un deber

inexcusable de piedad y despedirse de la familia, una lógica decisión personal, el Señor no las considera auténticas razones: el Reino ha de llenar el tiempo y el corazón de quienes le sigan.

Los seguidores de Jesús no tendrán un lugar para vivir y estacionarse, pero sí dónde ir, para ocuparse de Él y de su Reino.

II. Meditación: aplicamos el texto a nuestra vida

Lucas nos hace tomar conciencia de la lección que Jesús dio a los suyos. Cuando los samaritanos le negaron la hospitalidad al pasar por Samaria, Él no reaccionó con enojo, sino que aprovechó el desaire que le hicieron: hace ver cómo lo sucedido no es una anécdota, sino una señal que anticipará lo que le iba a suceder.

Jesús no quiso que quienes le sigan hicieran uso de la violencia para con quienes no lo quisieron recibir, pero les pide que se hagan violencia a sí mismos. Por más lógico que pareciera responder a la ofensa, no quiso que fuera para ellos el principio de un largo camino que les quedaba por recorrer.

El Maestro quiso no solo que asumieran el rechazo de los extraños, sino que también tuvieran valor para desprenderse de los suyos y de lo que les daba seguridad: 'Sólo es digno de acompañarle quien se ocupa del Reino de Dios, con toda conciencia'.

Cualquier otra preocupación, aunque sea razonable y virtuosa, no fue válida para Jesús ni para sus discípulos: **Él quiso que consideraran su hogar, la predicación del evangelio; y su destino, estar con Él para siempre en la eternidad.**

- Si seguimos a Jesús, si vamos con Él hacia Jerusalén, debemos saber cómo quiere que seamos y qué quiere que hagamos. ¿Estamos dispuestos a vivir esa entrega?

La reacción de los discípulos es más que comprensible; querían que Dios castigara a quienes lo habían rechazado. Jesús, en cambio, los recrimina. Y no porque recurrieran a la violencia; sino solo porque desearon actuarla. Creyeron que bastaba con pedir a Dios venganza contra el ofensor de Jesús, para lograr de Dios una respuesta positiva. No era ése el método del Señor y no soportó que quisieran seguirlo quienes iban a ser sus discípulos: El Dios de Jesús no quiere la revancha, responder con la misma moneda a las ofensas.

A pesar de sus buenas intenciones - pretendían salvar el honor ultrajado de Jesús – pero su petición les fue negada. Desde entonces el Maestro quiso enseñar que no es digno del cristiano pedir el mal para quienes no han sido buenos con Él. Ni siquiera haber sido ultrajado fue razón para que se deseara el mal para el ultrajador.

- La única violencia que nos podemos permitir es la que nos hagamos a nosotros mismos para ser mejores. Con frecuencia actuamos con dureza porque no comprendemos a Jesús y lo que Él espera de sus seguidores. No podemos perder el tiempo en venganzas si hemos decidido ir con Él.

Jesús nos advierte que seguirle no es fácil. No basta con entusiasmarse por un momento y responder a los agravios una vez, sino esa tiene que ser una actitud de por vida, siendo conscientes de lo que pide haber sido bautizados y qué se espera de quienes hemos optado estar con Él y servirle...

A la persona que le prometió ir con el Señor a donde fuera, Jesús le contestó que no tenía dónde ir. Jesús no tenía casa ni cama que ofrecer a nadie, yendo de camino; no lo ocultó a quien deseaba acompañarle que no tenía un lugar para descansar.

A quien quería acompañarle, después de ir a enterrar a su padre, Jesús le dijo que no tenía que retrasar el anuncio del Reino de Dios. Hasta los muertos han de esperar, cuando se trata de predicar al Dios viviente: un padre por enterrar no va primero que el evangelio por anunciar.

A quien le dijo que iba a despedirse de los suyos, antes de entrar en el círculo de sus seguidores, Jesús le dijo que no era apto para ocuparse del Reino, por poner la mano en el arado y ver para atrás.

- Nos hemos acostumbrado a escuchar estas palabras de Jesús y no nos impresiona su profundidad... Él lo da todo, pero también lo exige todo. Hasta nos podemos ilusionar sabiendo lo que espera Jesús de cuantos quieren ser sus discípulos, pero difícilmente caemos en cuenta de lo que quiere de nosotros.

Ser compañero de Jesús es un reto que muy pocos se atreven a enfrentar. Si aún son muchos los que se dicen discípulos suyos, no lo son, porque han entendido poco, muy poco de sus palabras.

Jesús no ha engañado a quien se declaró dispuesto a seguirle: no teniendo casa ni almohada, podrán compartir el sueño y el cansancio, hacer común la pobreza y la soledad, gozando de su convivencia. El único privilegio del seguidor de Jesús es tener a su maestro como compañero de fatiga y de descanso.

- Jesús quiere que no nos ilusionemos con sacar provecho de nuestra vida cristiana y quiere que antes de que nos comprometamos a seguirle de cerca, nos consideremos si vamos a seguirle para siempre.

¿Cómo no extrañarse ante un maestro que impide a su discípulo que vaya a sepultar a su padre? En tiempos de Jesús, enterrar a los muertos era una obra de piedad, máxime como en el caso del evangelio, si el difunto era el padre. Era una inexcusable obligación.

La urgencia que siente Jesús por la predicación del Reino de Dios impone una situación de excepción. Quienes no han sido llamados a anunciar a Dios, pueden ocuparse de quienes mueren. Sólo es digno de Dios, quien le pone por encima de cualquier otro deber, por sacrosanto que éste sea.

Quien quiera seguir a Jesús debe estar dispuesto a sacrificar cualquier situación, con tal de no dejar para más tarde el anuncio de Dios: todo puede retrasarse para el discípulo de Jesús, menos la predicación del Reino.

Jesús quiere discípulos que no pierdan tiempo, que se dediquen con alma, vida y corazón a evangelizar. Solo el Reino de Dios ha de ocupar el corazón y las manos del verdadero discípulo; todo lo demás tiene que pasar a segundo plano. Jesús no quiere que lo que no es Dios nos ocupe al grado que dejemos para después la evangelización, con todo lo que ella implica.

III. ORAMOS nuestra vida desde este texto:



Dios Bueno, te pedimos nos ayudes a entender la lección que nos da tu Hijo. Él nos quiere desprendidos y comprometidos a favor de tu Reino.

Nos pide mucho, porque sabe bien que fácilmente nos apegamos a lo material, a las personas y a los lugares, a las cosas y al poder...

Que no haya nada ni nadie que nos detenga si se trata de extender tu Reino, 'aquí y ahora'.

Que tomemos conciencia que, como discípulos, nuestra única razón tienes que ser Tú y lo que nos encargues: 'evangelizar sea nuestra misión y la vivamos convencidos de que hemos aceptado dedicarnos a lo tuyo, para siempre.

Queremos seguir a tu Hijo, a pesar de nuestros apegos. Danos la fuerza de tu Espíritu, para dejar lo que no eres Tú, de la mano de María, siempre con Ella y como Ella. **Amén.**